

Hacia una mirada ecocrítica y descolonial de los desiertos de América Latina¹

Nosso tempo é especialista em criar ausências.

Ailton Krenak²

En las primeras páginas de *El luto humano*, del escritor mexicano José Revueltas, un hombre sale, en medio de la tormenta, a buscar un cura para darle sepultura a su hija. Afuera, “el norte” —el viento— “daba golpes sobre la noche [...] el cielo no tenía luz, apagado, mostrando enormes masas negras que se movían espesamente, nubes o piedras gigantescas, o nubes de piedra” (Revueltas 2014 [1943]: 13). En medio de esa oscuridad violenta, encuentra a su más férreo enemigo, y juntos atraviesan un río que hace unos días “apenas si era pobre agua mínima, de lento barro” (Revueltas 2014 [1943]: 24), y ahora, después de un día de diluvio, era una “serpiente de agua negra y agresiva, sucio de tempestades, con su lecho de fuera en la agitada superficie” (Revueltas 2014 [1943]: 15).

La inundación que arrastra la trama de *El luto humano* es un peligro conocido y temido por los habitantes las zonas áridas, y una realidad codificada en los comportamientos y los ciclos biológicos de sus habitantes no humanos³. No obstante, para una lectora poco familiarizada con la vida desértica resulta casi imposible imaginar que la planicie azotada por la tormenta sea un desierto. A pesar de saber que el viento carga consigo barro, arena y rocas⁴, y que el río, ahora desbordado, antes era apenas un riachuelo, es difícil imaginar que la escena de ese luto sea el desierto de Chihuahua. Mucho más difícil es imaginar que la historia de esos campesinos enfermos por la sequía sea, como muestra Cristina Rivera Garza en *Autobiografía*

¹ Este artículo es una versión preliminar de texto que hará parte de *Existencias contaminadas: escenarios ecosistémicos del Antropoceno en América Latina*, editado por Rike Bolte, Hermann Doetsch, Benjamin Loy y Susanne Schlünder, el cual será publicado próximamente por la editorial De Gruyter.

² Krenak 2019: 26.

³ Los habitantes de los desiertos norteamericanos, por ejemplo, desarrollaron distintos sistemas de represas efímeras para aprovechar el agua de las inundaciones, que fueron reemplazadas por pozos profundos, presas de hormigón y canales de riego con el advenimiento de la agricultura intensiva (Rojas Rabiela/Gutiérrez Ruvalcaba 2019: 285). Sobre las adaptaciones de las especies del desierto, véase Middleton 2009: 57–81.

⁴ “La arena se revolvía entrándole por los rudos zapatones y presionando sobre las agujetas hasta casi reventarlas. Era una arena como si el viento se hubiera vuelto sólido y sus extrañas materias, su vivo oxígeno, también se hubieran muerto, dispersándose en piedra múltiple e infinita” (Revueltas 2014 [1943]: 13–14).

del algodón, testimonio de la existencia de un pueblo, hoy desaparecido, donde el monocultivo de algodón alguna vez movilizó agua, cuerpos, tierra, riqueza y luchas políticas⁵.

Esto se debe a que, para quienes lo leemos desde afuera, el desierto es ante todo “un tropo, una cifra que significa deficiencia, carencia, ausencia” (Gersdorf 2009: 16)⁶. Como afirma Uwe Lindemann, a pesar de estar relacionado con un “tejido de significados supremamente denso”, el desierto, visto con los ojos de Occidente, “adquiere significado en relación —casi siempre en oposición— con la ciudad, la civilización, lo colectivo, lo lleno, etc.” (Lindemann 2000a: 13–14), es decir, adquiere su potencial connotativo precisamente gracias a lo que niega, a lo que le falta y a lo que se puede proyectar en él (Lindemann/Schmitz-Emans 2000: 13). Así el desierto nos permita hablar de la alteridad, la experiencia religiosa, el cambio climático, la agricultura, etc., la palabra “desierto” remite sobre todo a una geografía caracterizada por un paisaje vasto, monótono, peligroso y marcado por la escasez ubicado en los confines del mundo, que puede ser evocado por una imagen con poquísimos elementos paisajísticos: cielos despejados, un sol incandescente, dunas, tal vez una palma o un cactus.

Este imaginario *saharanista*⁷, derivado de las experiencias transitorias y las abstracciones de quienes han vivido en los márgenes de territorios áridos o a muchos kilómetros de ellos —egipcios, griegos, romanos, eremitas, colonizadores—⁸, “borra la riqueza morfológica, la vivacidad ecológica y las relaciones milenarias entre los seres humanos y la naturaleza que han dado sustento al delicado balance entre la vida y la muerte en los desiertos” (El Guabli/Jarvis/Robles 2022: 32). Al hacerlo, sirve para justificar y al mismo tiempo ocultar la explotación de territorios que, una vez descritos como vacíos, se vuelven lugares que pueden y deben ser “‘llenados’ por medio de la ocupación, la extracción, la minería, la producción y la acumulación” (Henni 2022: 12). Una realidad que conocen bastante bien los habitantes de las zonas áridas de América, especialmente los de ese desierto alimentado y dividido por un río con dos nombres, que ha sufrido la experimentación nuclear, la violencia fronteriza y feminicida, y la devastación de proyectos de desarrollo económico que, “[d]el algodón al fracking, pasando por el sorgo y la maquila [...] se han sucedido unos a otros en ciclos cada vez más intensos y más breves” (Rivera Garza 2020: 283).

⁵ En *Autobiografía del algodón*, Cristina Rivera Garza sigue los recorridos de sus abuelos a ambos lados de la frontera. La novela y el personaje de Revueltas son uno de los ejes principales de la reflexión de la novela en torno a la función y la ética de la escritura.

⁶ Lindemann y Schmitz-Emans 2000: 13

⁷ Brahim El Guabli define el “saharanismo” como “un imaginario universalizante y una práctica discursiva acerca de los desiertos, que percibe los espacios desérticos como vacíos, muertos e intrínsecamente peligrosos” (El Guabli/Jarvis/Robles 2022: 32).

⁸ Sobre la historia del desierto en Occidente, con énfasis en el periodo moderno, véase Davis 2016b; sobre el concepto de desierto en el antiguo Egipto, véase Hofmann 2000; sobre la etimología y la historia de los conceptos asociados a la idea del desierto en la Antigüedad greco-romana, véase Lindemann 2000b; sobre el desierto en la tradición ascética cristiana, véanse Adler 2006 y Le Goff 1985.

Así pues, si no podemos imaginar el escenario de *El luto humano* como un espacio árido, es porque las relaciones y las historias que se han tejido en el desierto de Chihuahua se ocultan bajo el velo del imaginario del desierto. En medio de la atmósfera densa, oscura, ruidosa, repleta de agua, barro y sufrimiento humano de la novela, también nosotros como lectores vamos a tientas, porque nuestro propio lenguaje nos dice que ese desierto no existe, que en esa planicie fronteriza no debería haber nada ni nadie, mucho menos un grupo de agricultores haciendo el último duelo de una nueva historia de progreso que no fue.

En busca de caminos para ver el desierto

Para poder ver los desiertos necesitamos estrategias que nos permitan ir más allá del vacío y la ausencia. En el caso de la literatura, esto significa explorar y volver fértiles los espejismos del lenguaje mediante una lectura que busque desentrañar simultáneamente la materialidad y la vitalidad de cada territorio, y las historias —humanas y no humanas— que lo han habitado; una lectura que reconozca que estas historias han sido moldeadas no solo por ecologías muy diversas e incomprensibles (por parte de quienes las miramos desde afuera), que no caben dentro de la visión universalizante del desierto, sino también por las formas como estas ecologías han sido intervenidas y estudiadas por el pensamiento occidental, incluidas sus reinscripciones americanas.

Como en el caso de otras ecologías que han sido construidas como el Otro de Occidente —los bosques, los océanos—, analizar el desierto de esta forma implica enfrentar lo que Malcolm Ferdinand llama la doble fractura de la modernidad, es decir, la “fractura ambiental”, que surge de la división entre “naturaleza” y “cultura”, y la “fractura colonial”, que divide “a los seres humanos y los espacios geográficos de la tierra entre colonizadores europeos y personas colonizadas no europeas, blancos y no blancos, amos y esclavos, la metrópoli y las colonias, el norte global y el sur global” (Ferdinand 2022: 6). En el día a día de los estudios literarios, esta doble fractura nos invita a adoptar una aproximación interdisciplinaria que conjugue el estudio de la literatura y otras manifestaciones culturales desde la perspectiva “centrada en la tierra” propuesta por la ecocrítica⁹ con metodologías y problemas planteados desde una perspectiva poscolonial o descolonial¹⁰.

⁹ Según la definición clásica de la ecocrítica de Cheryll Glotfelty citada en Heffes 2014: 11.

¹⁰ En adelante usaré el término “descolonial” para resaltar la continuidad y las particularidades históricas del contexto latinoamericano y caribeño señaladas por autores como Ferdinand y desarrolladas entorno al concepto de “colonialidad de poder”, de Aníbal Quijano, y conceptos afines como el de “colonialidad de Ser/Poder/Verdad/Libertad” de Sylvia Wynter. Asimismo, prefiero la grafía “descolonial”, empleada por Quijano, porque el prefijo del castellano (“des-”) ayuda a enfatizar el carácter activo y práctico de la lucha descolonial y

En las últimas décadas, un número creciente de investigadores se ha puesto en esta tarea, dando origen a lo que en el contexto anglófono ha sido llamado “ecocrítica poscolonial” o “humanidades ambientales poscoloniales”, un campo interdisciplinario motivado por la voluntad de “reunir las dimensiones culturales, históricas, sociales y científicas del pensamiento ecológico” (DeLoughrey/Didur/Carrigan: 2015) con el fin de “adquirir un entendimiento más amplio y materialista de las relaciones entre las personas, los animales y el medio ambiente” (Huggan/Tiffin 2015: viii), que nos acerque “a las raíces y las implicaciones éticas de la degradación ambiental” y nos ayude a identificar “posibles alternativas a los imaginarios medioambientales contemporáneos de Occidente” (French 2005: 158). A pesar de tratarse de un campo muy amplio cuyos límites son difusos por definición, la atención de estas aproximaciones a la historización del espacio y su esfuerzo por posicionar los discursos ecológicos para evitar caer en el universalismo (DeLoughrey/Didur/Carrigan 2015: 4) son guías importantes a la hora de analizar los desiertos de América Latina. Asimismo, su cercanía a movimientos por la justicia ambiental y climática, la defensa de epistemologías no occidentales y contra el extractivismo, nos recuerdan que la literatura nutre y se nutre de todas estas reivindicaciones, las cuales son facetas de una misma lucha que Sylvia Wynter describe como “la lucha entre el Hombre de la etnoclase principal y el Ser Humano” (Wynter 2003: 260–261). No obstante, esta doble aproximación no supone una metodología específica, sino una serie de conflictos y cuestionamientos irresolubles que ponen en duda tanto los presupuestos occidentales sobre la “naturaleza” y lo “humano” como las herramientas a disposición del análisis literario, que además deben ser repensados en el contexto latinoamericano¹¹.

Tal es el caso de una de las contribuciones más productivas de la ecocrítica: el diálogo con fuentes científicas. Los hallazgos de ciencias como la biología, la geología y la ciencia climática pueden ser muy útiles para añadirle profundidad y nuevas texturas a nuestro imaginario de las regiones áridas. La sola dificultad de medir la aridez, en especial variables como la evaporación y la transpiración, revela la compleja interacción entre factores como la temperatura, las precipitaciones, la actividad humana y animal, el tipo de vegetación, y la composición de los suelos, los cuales pueden variar significativamente al interior de un mismo desierto, especialmente en sus márgenes.¹² Esta dificultad invita a pensar en las regiones áridas y semiáridas como espacios de contornos cambiantes y relaciones complejas, llevando incluso

anticolonial. No obstante, como se verá a lo largo del texto, mi análisis está en deuda con muchas reflexiones realizadas en el marco de los estudios poscoloniales, y con muchas otras propuestas que no caben ni dentro del llamado “giro decolonial” ni dentro de los “estudios poscoloniales”.

¹¹ Sobre los límites de las distintas variantes de la ecocrítica, incluida la ecocrítica poscolonial para abordar las manifestaciones culturales latinoamericanas, véase Heffès 2014.

¹² Sobre las diferentes formas de medir la aridez en distintas disciplinas y las clasificaciones resultantes, véase Laity 2008: 6–8.

a los científicos a proponer definiciones que van más allá de la medición, como la de Mark Dimmitt del Arizona Sonora Desert Museum, quien define el desierto como “una comunidad biológica en la que la mayoría de las plantas y los animales están adaptados a la aridez crónica y a sequías extremas y periódicas, y en la que estas condiciones son necesarias para mantener la estructura de la comunidad” (Dimmitt 2015: 11). Asimismo, las herramientas a disposición de la ciencia climática contemporánea han dado nuevas luces sobre las interacciones entre los ciclos de sequía de las regiones áridas y fenómenos climáticos globales como El Niño y los efectos de las emisiones de combustibles fósiles, contribuyendo a un mejor entendimiento de las interacciones de los desiertos con otros ecosistemas y entre las diferentes capas de ciclos meteorológicos que determinan la vida en los desiertos¹³.

Sin embargo, es importante evitar perpetuar jerarquías epistemológicas al incorporar los discursos científicos en el análisis literario. Saber que las semillas de muchas plantas xéricas tienen una capa protectora que les impide germinar cuando no hay suficiente agua para sostener su crecimiento (Middleton 2009: 66) nos hace detenernos cuando la poeta mojave Natalie Diaz escribe

En mi desierto hay flores salvajes
que tardan hasta veinte años en abrirse.
Las semillas duermen como geodas bajo la arena caliente del feldespat
hasta que un destello de inundación estremece el arroyo, levantándolas
en su flujo de cobre, las abre de memoria
—recuerdan lo que su dios les murmuró
en las costillas: *Despierta y duélete por tu vida*. (Diaz 2022)¹⁴.

No obstante, esto no significa que el conocimiento de la biología sea más correcto o más profundo que el saber acumulado por los mojave a lo largo de siglos de habitar, experimentar y transformar su territorio, ni que sea suficiente para entender la compleja mediación del agua en los gradientes de vida del desierto; así como el concepto de “comunidad” de la biología no es suficiente para entender la forma como los mojave entienden la continuidad entre el río y los habitantes del desierto que resuena en cada verso de Diaz. Por otra parte, es importante recordar el rol que la ciencia y sus taxonomías han tenido en la explotación en nombre de la productividad, el progreso y la civilización, y que incluso “[...] los sistemas que usamos hoy

¹³ Véase Giannini 2016. Como afirma Giannini, estas nuevas mediciones han contribuido a desmontar la idea de que las sequías extremas del Sahel en las últimas décadas del siglo XX habían sido causadas predominantemente por la mala gestión de recursos por parte de las poblaciones locales.

¹⁴ Texto original: “[...] There are wildflowers in my desert / which which take up to twenty years to bloom. / The seeds sleep like geodes beneath hot feldspar sand / until a flash flood bolts the arroyo, lifting them /in its copper current, opens them with memory [...]” (Diaz 2020: 1).

en día para hablar de conservación y sostenibilidad— se derivan de una larga historia de explotación colonial de la naturaleza, así como de la asimilación de epistemologías naturales del mundo entero” (DeLoughrey/Handley 2011: 12). Estas últimas incluyen, por supuesto, el saber mojave, relegado a reservas y áreas de conservación, para dar paso a la construcción de celebradas obras de ingeniería que desde hace más de cien años extraen agua del río Colorado y privan al desierto de agua y sedimentos, haciendo del Colorado un río delgado y azul, “el río más amenazado de Estados Unidos” (Díaz 2020: 49).

De ahí que la reproducción de las jerarquías ontológicas y epistemológicas de la modernidad haya sido una de las críticas más relevantes al discurso antropocénico desde el sur global y desde los estudios poscoloniales. Desde que se sugirió decretar el inicio de una nueva era geológica para dar cuenta de los profundos cambios en las dinámicas del planeta, el discurso en torno al Antropoceno ha sido criticado por atribuir los efectos geológicos causados por el agente de la industrialización —el Hombre— a toda la especie humana, sin tener en cuenta la continuidad del despojo y el colonialismo extractivo¹⁵, y por excluir “otras perspectivas culturales y sistemas de conocimientos locales que han generado otro tipo de relaciones entre humanos y no humanos en procesos territoriales situados históricamente” (Ulloa 2017: 60). Estas consideraciones son fundamentales a la hora de leer las historias de territorios que han sido y siguen siendo epicentros de extracción de carbón, litio, cobre, petróleo, gas natural, humus, agua y, por supuesto, trabajo humano. Además, en el caso de los desiertos esta exclusión tiene otras implicaciones, pues una de las estrategias retóricas del discurso antropocénico es precisamente invocar la imagen estereotípica del desierto para alertar sobre las consecuencias de la acción humana, englobando todas las formas de degradación ambiental bajo el manto de la “desertificación”, un concepto vago basado en prejuicios coloniales que ha servido para suprimir conocimientos locales sobre la gestión de territorios áridos, y reforzar la idea del desierto como espacio vacío y muerto¹⁶.

En este contexto se vuelve aún más importante el énfasis del análisis descolonial en la historia y en la continuidad de las estructuras de poder y el pensamiento colonial. El trabajo de Jennifer L. French, a pesar de centrarse en otras ecologías, muestra, por ejemplo, cómo la reacción al cambio ambiental durante diferentes periodos de colonialismo y neocolonialismo —de la época de la colonia española, a las dinámicas neocoloniales del siglo XIX y principios del siglo XX, al extractivismo de corte neoliberal— se ve reflejada en estructuras literarias que a su vez permiten leer los efectos de la actividad económica no solo en el ambiente, sino también

¹⁵ Véanse, por ejemplo, Yusoff 2018 y DeLoughrey 2019.

¹⁶ Sobre la falta de utilidad analítica del concepto de “desertificación”, véase R. Behnke y Mortimore 2016; sobre los orígenes coloniales del concepto, véase Davis 2016a.

en la percepción del espacio (French 2012: 160)¹⁷. En el caso del desierto, el entrelazamiento entre la representación del espacio y la historia de actividades como la agricultura de monocultivo y la minería nos ayudan a entender, por ejemplo, por qué territorios tan diversos como el semiárido brasileño y el desierto de Sonora han sufrido procesos similares de colonialismo de poblamiento y agricultura intensiva. Del mismo modo, la integración de la extensa bibliografía sobre los extractivismos y la justicia climática sirve para tender puentes no solo entre desiertos muy lejanos como el desierto de Atacama y el desierto de Chihuahua, sino también entre industrias como la minería, la industria química y la industria armamentista, para trazar los procesos geopolíticos y los flujos de capital que han convertido partes de estas regiones en *zonas de sacrificio* donde el aire, el suelo y el agua ponen en peligro la vida o ya no están en condiciones de sostenerla¹⁸.

Hacia una crítica del agua

Con el fin de entrelazar y hacer más productivas las tensiones que resultan del análisis ecocrítico-descolonial de las literaturas de regiones áridas, propongo estructurar la lectura entorno a un hilo conductor latente en las páginas anteriores: el agua. La importancia del agua como mediadora entre el mundo biológico y el mundo mineral hace de ella un elemento ideal para pensar las fronteras entre la vida y la muerte y, por tanto, para explorar las relaciones que subyacen a cualquier ecología. Sin embargo, en el caso de las regiones áridas el agua se vuelve indispensable para desmontar el imaginario del desierto como espacio desprovisto de vida, lo cual es el primer paso para hacer las zonas áridas cognoscibles.

En las regiones áridas y semiáridas de América Latina, el agua traza caminos, da fertilidad a los suelos, transporta semillas, sedimentos y animales a través de ríos y quebradas, crea puntos de relieve para aves migratorias, vuelve verde el “bosque blanco” (la caatinga) del semiárido, nutre oasis de niebla, cubre de camanchaca los cielos de la astronomía atacameña, y

¹⁷ Paradójicamente, en el artículo citado French analiza cómo la devastación causada por distintos ciclos de colonialismo y neocolonialismo ha producido una literatura de protesta caracterizada por una “ética del desierto”, que insiste en la “imbricación de la historia natural y la historia humana” (French 2012: 160). En este caso, el desierto no es entendido como el opuesto de la civilización, sino que es usado como imagen de la destrucción causada por el “progreso”. Aunque esta versión del desierto se queda corta para pensar en las ecologías áridas, el análisis de French demuestra que el poder connotativo del desierto puede ser aprovechado también desde una perspectiva descolonial. Sobre la representación de las dinámicas neocoloniales en la literatura latinoamericana, véase también French 2005.

¹⁸ El concepto de “zona de sacrificio” fue acuñado en Estados Unidos para referirse a lugares contaminados con residuos nucleares durante la Guerra Fría. Posteriormente fue adoptado por movimientos por la justicia climática para referirse a lugares afectados por la minería y la industria petroquímica, entre otras (Herr 2021). En el desierto de Atacama, el término se ha usado para referirse a los centros logísticos de la industria minera, caracterizados por niveles severos de polución atmosférica, hídrica y sonora (Arboleda 2020: 137).

encarna el peligro constante de la inundación y el tsunami. En tanto determinante de la variabilidad y la diversidad de los desiertos, el agua sirve para abrirnos los ojos y devolverles a los espacios áridos la profundidad espaciotemporal que les es negada en la mirada occidental. El agua crea los gradientes que hacen los bordes de los desiertos indefinibles y conecta la biología de las semillas xéricas con los fenómenos atmosféricos locales y globales que causan la ausencia o la presencia de las precipitaciones que las harán germinar, pero también da origen a las infraestructuras que su vez conectan las geografías del cobre, el litio y el carbón con los jardines de las ciudades del desierto y los cultivos de aguacate a cientos o miles de kilómetros de distancia.

Como recuerdan Hugo Romero y Astrid Ulloa, “[e]l agua es mucho más que H₂O, es un proceso entre lo humano y lo no humano, donde la sociedad produce y modifica sus condiciones de existencia, y donde la economía política, la cultura y las creencias son generadas” (Romero-Toledo y Ulloa 2018: 35). Leer desde el agua nos permite ver cómo en la inundación de *El luto humano* al inicio de estas páginas se entrelazan las historias de los trabajadores agrarios azotados por la sequía con la historia del río, de la agricultura y de las obras de infraestructura que transformaron el desierto —tal como demuestra la lectura expandida de Rivera Garza—. Asimismo, el agua es el centro de las relaciones de muchos grupos indígenas con el territorio, incluidos habitantes de regiones áridas como los mojave, los wayúu y los mapuche, entre muchos otros, y por ello es indispensable para entender la denuncia de Natalie Diaz sobre el estado del río Colorado como algo que va mucho más allá de la lucha por un recurso: “El río Colorado es el río más amenazado de Estados Unidos —también: es parte de mi cuerpo—. // Cargo un río. Eso soy: ‘Aha Makav. Esto no es una metáfora” (Diaz 2020: 49).¹⁹

Así pues, leer desde el agua la literatura de los desiertos latinoamericanos permite desenhebrar discursos coloniales, conectar historias compartidas y entrar en contacto con otras formas de vivir y conocer la aridez. La presencia radical del agua en la Tierra se vuelve entonces el antídoto contra la creación de discursos que permiten la continuidad de la explotación y el despojo, y la producción de los vacíos, esos sí muy reales, que deja la extracción.

Bibliografía

Adler, Judith (2006): “Cultivating Wilderness: Environmentalism and Legacies of Early Christian Asceticism”. En: *Comparative Studies in Society and History*, 48, 1, pp. 4–37.

¹⁹ Mi traducción. Texto original: “The Colorado River is the most endangered river in the United States—also, it is a part of my body. // I carry a river. It is who I am: ‘Aha Makav. This is not a metaphor”.

- Arboleda, Martín (2020): *Planetary Mine: Territories of Extraction under Late Capitalism*. Londres: Verso.
- Behnke, Roy/Mortimore, Michael (2016): “Introduction: The End of Desertification?”. En: Behnke, Roy H./Mortimore, Michael (eds.): *The End of Desertification?: Disputing Environmental Change in the Drylands*. Heidelberg: Springer, pp. 1–34.
- Davis, Diana K (2016a): “Deserts and Drylands Before the Age of Desertification”. En: Behnke, Roy H./Mortimore, Michael (eds.): *The End of Desertification? Disputing Environmental Change in the Drylands*. Heidelberg: Springer, pp. 203–23.
- (2016b): *The Arid Lands: History, Power, Knowledge*. Cambridge: MIT Press.
- DeLoughrey, Elizabeth (2019): *Allegories of the Anthropocene*. Durham: Duke University Press.
- DeLoughrey, Elizabeth/Didur, Jill/Carrigan, Anthony (2015): “Introduction: A Postcolonial Environmental Humanities”. En: DeLoughrey, Elizabeth/Didur, Jill/Carrigan, Anthony (eds.): *Global Ecologies and the Environmental Humanities: Postcolonial Approaches*. Nueva York: Routledge, pp. 1–32.
- DeLoughrey, Elizabeth/Handley, George B. (2011): “Introduction: Toward an Aesthetics of the Earth”. En: DeLoughrey, Elizabeth/Handley, George B. (eds.): *Postcolonial Ecologies: Literatures of the Environment*. Oxford: Oxford University Press.
- Diaz, Natalie (2020): *Postcolonial Love Poem*. Londres: Faber & Faber.
- (2022): “Poema de amor poscolonial (fragmentos)”. En: *Nexos*, <https://cultura.nexos.com.mx/poema-de-amor-poscolonial-fragmentos/> (última visita: 27/09/2023).
- Dimmitt, Mark A. (2015): “Biomes and Communities of the Sonoran Desert Region”. En: Dimmitt, Mark A./Wentworth, Patricia (eds.): *The Natural History of the Sonoran Desert*. Oakland: University of California Press, pp. 5–19.
- El Guabli, Brahim/Jarvis, Jill/Robles, Francisco E. (2022): “Desert Futures Collective”. En: Henni, Samia (ed.): *Deserts Are Not Empty*. Nueva York: Columbia Books on Architecture and the City, pp. 25–48.
- Ferdinand, Malcolm (2022): *Decolonial Ecology: Thinking from the Caribbean World*. Cambridge: Polity.
- French, Jennifer L. (2005): *Nature, Neo-Colonialism and the Spanish American Regional Writers*. Dartmouth: University Press of New England.
- (2012): “Voices in the Wilderness: Environment, Colonialism, and Coloniality in Latin American Literature”. En: *Review: Literature and Arts of the Americas*, 45, 2, pp. 157–166.

- Gersdorf, Catrin (2009): *The Poetics and Politics of the Desert: Landscape and the Construction of America*. Ámsterdam/Nueva York: Rodopi.
- Giannini, Alessandra (2016): “40 Years of Climate Modeling: The Causes of Late-20th Century Drought in the Sahel”. En: Behnke, Roy H./Mortimore, Michael (eds.): *The End of Desertification?: Disputing Environmental Change in the Drylands*. Heidelberg: Springer, pp. 265–291.
- Heffes, Gisela (2014): “Introducción. Para una ecocrítica latinoamericana: entre la postulación de un ecocentrismo crítico y la crítica a un antropocentrismo hegemónico”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 40, 79, pp. 11–34.
- Henni, Samia (2022): “Against the Regime of ‘Emptiness’”. En: Henni Samia (ed.): *Deserts Are Not Empty*. Nueva York: Columbia Books on Architecture and the City, pp. 11–21.
- Herr, Alexandria (2021): “What is a Sacrifice Zone? The Environmental Racism of Oil Drilling in L.A.”, *PBS SoCal*, <https://www.pbssocal.org/news-community/what-is-a-sacrifice-zone-the-environmental-racism-of-oil-drilling-in-l-a> (última visita: 27/09/2023).
- Hofmann, Beate (2000): “Zur Bedeutung der Wüste im pharaonischen Ägypten”. En: Lindemann, Uwe/Schmitz-Emans, Monika (eds.): *Was ist eine Wüste? Interdisziplinäre Annäherungen an einen interkulturellen Topos*. Würzburg: Königshausen & Neumann, pp. 17–27.
- Huggan, Graham/Tiffin, Helen (2015): “Preface”. En: Huggan, Graham/Tiffin, Helen (eds.): *Postcolonial Ecocriticism: Literature, Animals, Environment*. Abingdon, Oxon: Routledge, pp. vi–x.
- Krenak, Ailton (2019): *Ideias para adiar o fim do mundo*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Laity, Julie (2008): *Desert and Desert Environments*. Oxford: Wiley-Blackwell.
- Le Goff, Jacques (1985): *L’imaginaire médiéval*. Paris: Gallimard, pp. 59–75.
- Lindemann, Uwe (2000a): *Die Wüste. Terra incognita – Erlebnis – Symbol*. Heidelberg: Universitätsverlag C. Winter.
- (2000b.): “‘Passende Wüste für Fata Morgana gesucht’. Zur Etymologie und Begriffsgeschichte der fünf lateinischen Wörter für Wüste”. En: Lindemann, Uwe/Schmitz-Emans, Monika (eds.): *Was ist eine Wüste? Interdisziplinäre Annäherungen an einen interkulturellen Topos*. Würzburg: Königshausen & Neumann, pp. 87–99.
- Lindemann, Uwe/Schmitz-Emans, Monika (2000): “Einleitung”. En: Lindemann, Uwe/Schmitz-Emans, Monika (eds.): *Was ist eine Wüste? Interdisziplinäre Annäherung an einen interkulturellen Topos*. Würzburg: Königshausen & Neumann, pp. 9–13.
- Middleton, Nick (2009): *Deserts: A Very Short Introduction*. Oxford: Oxford University Press.

- Revueltas, José (2014) [1943]: *El luto humano*. Ciudad de México: Era.
- Rivera Garza, Cristina (2020): *Autobiografía del algodón*. Ciudad de México: Random House.
- Rojas Rabiela, Teresa/Ruvalcaba, Ignacio (2019): *Las presas efímeras mexicanas del pasado y del presente*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Romero-Toledo, Hugo/Ulloa, Astrid (2018): “Hidro-poderes globales-nacionales y resistencias locales”. En: Ulloa, Astrid/Romero-Toledo, Hugo (eds.): *Agua y disputas territoriales en Chile y Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, pp. 19–53.
- Ulloa, Astrid (2017): “Dinámicas ambientales y extractivas en el siglo XXI: ¿Es la época del Antropoceno o del Capitaloceno en Latinoamérica?”. En: *Desacatos*, 54, pp. 58–73.
- Wynter, Sylvia (2003): “Unsettling the Coloniality of Being/Power/Truth/Freedom”. En: *The New Centennial Review*, 3, 3, pp. 257–337.
- Yusoff, Kathryn (2018): *A Billion Black Anthropocenes or None*. Minneapolis: University of Minnesota Press.